

La casa: relato de un sueño cumplido

Marta Alicia Pérez Gómez



Ethel Gilmour. *La cama con Pierre*. Óleo sobre papel. 34 x 49,5 cm. 1979. Colección privada

33

Esta historia me la narró una amiga hace poco. Tanto para ella como para mí, las casas en las que hemos vivido están en nuestra piel, en nuestras mentes, en nuestros sentimientos y el hecho de salir de ellas nos produce un dolor inmenso. Es una sensación que se experimenta como un abandono, como una traición. Debido a ello, su relato no me es ajeno, y me conmovió tanto, que aquí lo transcribo tratando de no traicionar sus palabras. Por eso lo redacto en primera persona, tal como ella me lo contó:

Cuando era niña, todos los 3 de mayo, en medio de la tormenta que siempre se desataba, rezaba los mil jesuses y dibujaba en el cuaderno cuadriculado del colegio, con rasgos difusos, una casa imaginaria que, gracias a mi piadosa plegaria, la Santa Cruz me concedería, o mejor, no a mí, sino a mis padres, porque no teníamos casa propia, vivíamos en alquiler.

Por ese entonces, un amigo de mi papá se ganó en un sorteo una casa construida por el Instituto de Crédito Territorial: una edificación de dos pisos que

combinaba en su fachada el ladrillo con la cal. Mi dibujo, entonces, se volvió más preciso e imitaba la de Leopoldo, el compañero de trabajo de mi papá.

Como su familia era muy allegada a la mía, nos alegrábamos de su ventura y su casa fue durante mucho tiempo la mía. Íbamos allí casi todos los domingos, y jugaba con Lucía, su hija de mi edad, en la sala y en el patio de su nueva casa. Yo añoraba tener una igual o al menos parecida, pero nunca lo logramos a pesar de que la nuestra era una familia similar a la suya. No tuvimos su misma suerte. Así pues, mi anhelo de tener una casa propia no se cumplió, por lo menos en mi infancia, y no volví a rezar los mil jesusos ni a dibujar ilusiones.

Pasó mucho tiempo y un buen día, ya en mi juventud, ¡un hermano de mi mamá nos regaló una casa! Como si nada pudiera ser perfecto, el destino, que hasta entonces nos había sido adverso en lo económico, ahora nos llenaba de alegría, pero también de preocupación. La casa tenía un inconveniente: una deuda, o, mejor dicho, una hipoteca que mi papá no estaba en capacidad de pagar.

Ahora, mi amiga me explica que su papá, como hombre honrado y agradecido que era, no se atrevía a quejarse, pero el monto que debía amortizar mensualmente era muy superior al arriendo que había pagado durante más de veinte años y que privándose de muchas cosas cancelaba sin falta, y además podía hacerlo porque por una ley de la República estaban congelados los arriendos. Ambas sonreímos ante la paradoja y ella continuó su cuento...

¡Al fin se había realizado el deseo de tener casa propia, una noble aspiración de la clase media! No sería como la de Lucía, pero ya era nuestra: grande, un tanto vieja, de un solo piso, de piezas en galería, de techos muy altos, con dos patios, tres baños y fachada republicana. En síntesis, una vivienda tradicional. De sus tres baños, uno era de inmersión al aire libre (mi preferido), otro (cubierto) situado en la última pieza de la galería, y el del servicio al final del pasillo, a

la derecha del patio, también al aire libre. Por su carácter hechizo, parecía que toda esta zona hubiera sido construida en un tiempo posterior, en lo que antes fuera un solar.

Yo le digo a mi amiga que así eran las casas de principios y mediados del siglo xx en Medellín: construidas con gusto, espaciosas, y con jardín o solar interior. Tenían despensa, repostero y algunas, desván, sótano y un cuarto para guardar trebejos llamado familiarmente de “reblujo” (rebujo). Sus baños y cocinas se situaban muy al final de la vivienda, casi ocultos. Hoy el orden se invirtió, las pocas que aún existen las tumban para construir edificios de apartamentos donde todo está a la vista en un espacio reducido, cerrado y uniforme: sala-comedor, baño y cocina en el acceso, los patios desaparecieron y el cuarto de la empleada, cuando lo tienen, es minúsculo, casi liliputiense. Es que las familias de antes eran numerosas (en Antioquia el número de hijos sobrepasaba la docena), pero hoy, la nueva pareja es “malthusiana” y solo concibe tener uno, máximo dos. Una paradoja porque a pesar de ello, el número de habitantes es descomunal. He ahí la razón para el cambio de arquitectura, unida a la escasez de espacio en las ciudades, lo que hace que cada vez las viviendas se eleven al infinito.

Treinta y ocho años viví en esa casa, mi papá solo cuatro, mi mamá treinta y uno, y mi hermano otros tantos. Ella está ligada a mis recuerdos más entrañables, pero también a la muerte, porque allí murieron mis padres.

Luego me fui a estudiar a un lugar lejano, a una ciudad costera y hermosa, viaje en el que tomé conciencia de que salir del hogar, y del país era como abandonar el útero de manera prematura. En esa ciudad, la zozobra que me producían los altos y abigarrados edificios solo la calmaba la vista de una casa-quinta, inmensa y apacible, situada en el alto de una colina cercana a la playa. Allí permanecía horas enteras mirándola. Me remitía a la mía, a mi familia, a mi ciudad y a mi país, símbolos acogedores y protecto-

res, porque también la ciudad, si es la nuestra, es como la casa: un abrigo, un refugio maternal.

Nos tomamos un café y continué escuchando esa historia tan cercana a mí:

Es muy extraño que recuerde más la casa de alquiler que la propia, porque es ella la que permanece con más fuerza en mi memoria y su recuerdo me asalta con ternura. Es la casa de la esquina, la del arriendo congelado, en la que viví toda la infancia y la adolescencia hasta cumplir veinte años; en la que mi abuelo se sentaba en la sala, con la ventana abierta, a ver pasar la gente y a conversar con los transeúntes que se acercaban; en la que mi hermano jugaba pimpón en la mesa del comedor arrimada contra la pared, como entrenamiento para los campeonatos; en la que yo saltaba el lazo con los patines puestos, me distraía con la pelota y la golosa y jugaba a la casita (el muñequero simulaba otra casa con sala, comedor, cocina y habitaciones, en suma una casita dentro de la casa) y en la que más tarde, ya joven, salía a conversar con las amigas, vecinas del barrio, y me visitaba el primer amor.

No obstante, es la misma de la que me avergonzaba porque el vestíbulo no tenía pintura en sus paredes sino cal, a veces blanca, a veces azul clara, que yo trataba de disimular con franjas de papel de colgadura que me quedaban torcidas y que torpemente pegaba con engrudo. Las baldosas del piso eran amarillas y verdes y el suelo de las piezas era de cemento pintado de rojo.

Esa vergüenza que sentía estaba unida a la malevolencia: yo estudiaba en un colegio de la élite (me habían concedido lo que se llamaba "media pensión") y sufrí la hostilidad de una compañera de nombre Gloria Luz, sobrina de un arzobispo. En una ocasión me visitó, y la muy insolente me dijo que vivir en una casa así y con un solo baño, revelaba la pobreza.

Superada la mezquindad de sus palabras, hoy recuerdo todos los rincones de la casa con nostalgia y con cariño. El baño era muy amplio, sus muros, baldosas y accesorios eran blancos, tenía bidet y



Ethel Gilmour. *El pasillo amarillo*. Óleo sobre tela. 100 x 70 cm. 1996. Colección Universidad EAFIT

una bañera inmensa. Allí, mi mamá me bañaba con agua fría. La ducha era grande y plana y, por sus orificios el agua caía en forma vertical. Hoy he visto burdas imitaciones en los grandes almacenes, y al recordar la de esa casa me sonrío. No es la misma, es moderna, un calco de la ducha de mi infancia. También allí, en ese baño, mi mamá, al hacerme el aseo, me prevenía contra los hombres: que no fuera a dejar que nadie me tocara. Yo apenas entendía, pero la angustia reflejada en su cara me decía que debía cuidarme y obedecer sus palabras, que sentía protectoras de una virginidad intocada.

De esa casa, que ya no existe, permanecen en mi memoria las llamadas telefónicas del novio, sus visitas en la sala, sus infidelidades, pero también su constante regreso. También la música que ponían en la radio y que mi hermano me enseñó a oír con deleite. Era música popular, boleros y la que hoy llaman sal-

sa, y con ella aprendí a bailar. El gusto por la otra música, la clásica, vendría más tarde, en la otra casa, la regalada, cuando ya comenzaba mi juventud.

La de alquiler la tumbaron, pero, como ves, el olvido no cabe para ella; y la del regalo aún existe, pero ya no es mía. Tampoco es una casa, nadie vive en ella, es un depósito, un archivo. Cuando paso por ahí siento cierta pesadumbre, por los recuerdos y secretos que guarda de mi juventud. Yo también amaba esa casa solariega, y cuando la dejé, una amiga tan novelesca y sentimental como yo, le tomé fotografías, como si presintiera que era su fin como morada familiar. Esas imágenes, que de tanto en tanto miro, son lo único que me queda de ella.

Ahora vivo en otra, también grande y bonita, que me da serenidad, una emoción muy diferente a la que me producían las demás que habité. Aquí, en esta nueva casa, la vida transcurre lentamente: ya soy adulta, adulta mayor de las confinadas en esta pandemia, y en los largos días pienso cuán importantes fueron mis primeras ansias, mis anhelos que, por la fuerza del deseo, y quizás de los rezos, a lo largo de la vida me fueron concedidos.

.....

Cuando mi amiga se despide, una afinidad muy grande con sus vivencias me impulsa a escribir este relato, que puede ser el de cualquiera, también el mío.

Pero antes de escribirlo, pienso que esos deseos no le fueron concedidos a mis vecinos, dos de los llamados habitantes de calle: Diego, que arregla jardines, y una mujer sin una pierna que decora los alrededores de su hueco con imágenes de la Virgen y en diciembre con bolas de navidad. Viven bajo el puente de la quebrada en dos recovecos, uno al frente del otro. Su hogar está ahí, por eso lo cuidan y se aferran a él, no quieren ningún albergue del Estado. Ellos no tienen casa, y a pesar de que la añoren y recen como mi amiga, quizás nunca la tendrán.

Ahora yo, para paliar el encierro obligado por la pandemia, me asomo al balcón, pero ya no pasan transeúntes como los que conversaban con el abuelo de mi amiga; la calle está desolada, y allí, en ese silencio, evoco el rezo de los mil jesuses los 3 de mayo y, agnóstica o escéptica, como soy, me pregunto si debo agradecer a mi trabajo ¿o quizás a la Santa Cruz? por tener casa, porque, igual que mi amiga, yo también la dibujaba.

Al misterio de por qué en una edad tan temprana surgió ese deseo que ha perdurado hasta hoy, y que me iguala con mi amiga, solo tengo una respuesta: la repetida evocación de mi mamá de la casa de su pueblo natal, que tenía un pozo de agua en la mitad del patio y las habitaciones a su alrededor; una imitación del patio andaluz, de su arquitectura morisca. Es pues una pasión heredada que la narración maternal y amorosa tejió en mí con un hilo fino y resistente.

Y termino con una frase del inteligente y mordaz libro que he estado leyendo en este confinamiento, que viene al caso: [...] “Por eso es mejor no salir nunca de la casa. ¿A qué? ¿A trabajar? ¿Dónde? A qué salir de la oscuridad interior si se está tan bien, resguardado del mundo impredecible, desconocido. [...] Dos siglos hace que vivimos escondidos del mundo en las montañas difíciles, confinados rezando el rosario y apareándonos en familia: conservando la raza”.¹

Referencia

1. Gil, D. (2018). *Colección de tragedias y una mujer*, Bogotá, Penguin Random House, p. 156.

Marta Alicia Pérez Gómez es Bibliotecóloga y profesora jubilada de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia.